

## EN EL COLEGIO DE MIS NIETAS EN VALLADOLID: «LAS COMENDADORAS»

(Una conferencia... proyectada, y ampliada al redactarla)

Un Colegio excelente como es este de las Madres Dominicas Francesas intitulado de Nuestra Señora del Rosario, y donde se da la 2.<sup>a</sup> Enseñanza y otros estudios profesionales a las señoritas, debiera tener un Museo, aunque fuera mínimo, de cosas de Arte. Con más razón, cuando la Madre Superiora, Mère Catherine, ordena visitas al Museo de San Gregorio y excursiones colectivas a ciudades monumentales e históricas, con aplauso del "conferenciante". Dice ella que se deben conocer tales ciudades de la patria; tan repletas de Historia, tan pregoneras de lo que fué el pasado de la patria de sus alumnas.

No se improvisa un Museo, aun imaginando las circunstancias más favorables, en épocas de paz social, política y religiosa, icuánto menos en las circunstancias actuales!

Pero, en cambio, cabe aprovechar siempre en las Enseñanzas los elementos del alrededor. Por ejemplo, para enseñar Botánica, en cursos elementales, ¿no basta un paseo por los campos?... Así en arte, cuando se vive en una ciudad histórica y monumental como es Valladolid.

En ella, entre monumentos varios, por caso, no deja de ocupar un lugar, discreto, el propio inmueble donde el Colegio está asentado: el edificio conventual (hoy colegial) del mismo; y con más razón, con mayores enseñanzas, el edificio sagrado, el templo; que no es ciertamente una maravilla, pero que no deja de ofrecer múltiples enseñanzas, supliendo, a su modo, por un Museo: y con la circunstancia (que falta en general en los Museos) de ofrecer "un conjunto", una armonía viviente, no unas piezas dislocadas o desarticuladas, por muy hermosas que ellas sean. El mismo Museo de Valladolid,—hoy tan extremadamente bello de instalación—, ofrece el caso más evidente entre sus salas, de que ninguna se ofrezca más

gratamente bella, que aquélla que es en puridad la iglesita del viejo Colegio dominicano y universitario de San Gregorio, con sus nuevas instalaciones "a lo iglesia" no "a lo Museo".

Hay otra razón, sugestiva, que aconseja que los jóvenes, y con más razón las jóvenes, tengan en conocimiento ilustrado la casa de su hogar cultural. Ellas, andando el tiempo, sentirán más, mucho más que ahora el nostálgico cariño al caserón y a la "capilla" de los años de su formación cultural. El "conferenciante", que tuvo su 2.ª Enseñanza en un arcáico, pero nada precisamente notable "artísticamente", caserón señorial de la estirpe de los Villarrasas, en Valencia, hoy, a los casi 60 años fecha, aún mira el recuerdo aquél, como una piedra miliaria en el accidentado camino de su vida. ¡Con cuánta más razón, podrán repetir dentro de 60 años el sentimiento dulcemente retrospectivo mis tres nietas, y más si ahora se les explica lo que es, y lo que significa cada cosa, de las del convento-colegio y sobre todo las de la Capilla-Iglesia!

Una iglesia es (aunque de ello se hace poca consideración) un libro abierto: un verdadero libro, mudo. Hay en las hojas de tal libro, devociones, desde luego; pero, además, mucha catequesis, mucha enseñanza, muchísima instrucción religiosa, y dulcemente enlazada con la instrucción histórica y con los agrados y placeres puros de la educación artística. Yo pondría a todos los maestros católicos la obligación de saberse bien y aprender a enseñar bien, en cada pueblo, ese libro monumental y por antonomasia ilustrado y devoto conjuntamente, que es una iglesia. Particularmente los niños de cada pueblo, como hojean los libros ilustrados de texto (lecciones de cosas que son, los tales) deberían saberse y casi de carretilla los santos de los altares, los relieves y los cuadros y a la vez algo de las respectivas historias. Del enemigo el consejo, dice el refrán; y fué el impío Voltaire quien mejor que nadie reconoció la fuerza educadora del arte cristiano, la virtualidad que llamaríamos catequística de las pinturas y las esculturas sagradas.

El "conferenciante" pensó en tiempos, en cuán bueno fuera redactar para los futuros maestros y maestras de cada pueblo la correspondiente cartilla histórico-artística del templo o templos de cada localidad. Y así, la conferencia ésta que pensé dar, iba a ser algo como la tan en vano proyectada cartilla. Reducida, esta vez, a un sólo monumento, el del Colegio de sus tres, en él favorecidas, nietas mayorcitas.

Y basta de preámbulo. Y vamos a la "conferencia" no llegada a desarrollar.

## La Casa

El Colegio de Nuestra Señora del Rosario, moderno, modernísimo, de sana orientación pedagógica, ocupa la casa y el templo que desde 1865, tuvieron las Monjas Salesas, pero que en su origen y por tres siglos y medio fué solar de "Comendadoras" de Santiago. Para el amante del pasado y de los monumentos, el verdadero nombre del conjunto monumental no debe ser otro que el de "Comendadoras". Para el tal, no debieran cambiarse los nombres de las calles siquiera; pero menos, los de los templos. Y no deja de pasar algo de eso, en lo sagrado, pues los Cánones de la Santa Iglesia Católica no favorecen, ni a veces consienten, el cambio del santo titular o del Misterio titular de un templo.

Ahora, que las mismas linajudas, nobles damas Comendadoras, vinieron a reunirse y a fundar la primera comunidad, en casa ajena; pero en mansión de una gran dama, precisamente la generosísima fundadora de la casa santiaguista. Se llamaba Doña María de Zúñiga, y era hija de Don Iñigo de Zúñiga: la cual vivía en tiempos de los Reyes Católicos, a los fines del siglo XV, y aún a los comienzos del siglo XVI.

Los Zúñigas, eran de familia de "ricos-homes" de la Edad Media, de "Grandes de España" de la Edad Moderna. En el entonces ensanche del viejo Valladolid (tan pequeño), el ensanche hacia el Sur, pero ya cuando la "Puerta del Campo" en su muralla estaba en donde ahora se juntan las calles llamadas de "Doña María de Molina" y de "Claudio Moyano", seguramente tenían los Zúñigas toda la manzana que delimitan hoy dicha calle de "Doña María de Molina", la de "Santiago" y la que aún se llama calle de "Zúñiga". Aún habían de pasar años, antes de que el "Campo Grande" (el de los viejos ganados y caballerías de labor de los vallisoletanos) se convirtiera en las tres aceras a las que en siglos daban no menos de seis conventos de frailes, cuatro de monjas y dos hospitales y un hospicio, todos con las iglesias correspondientes. Tengo que pensar que toda la manzana fué de los Zúñigas, y que, después, el palacio convertido en Monasterio de Comendadoras y la iglesia, se mostrarían noblemente aisladas, cuando ahora son bastantes las

casas que acompañan al gran núcleo del Colegio, iglesia, patios y jardín.

Dudan los escritores de Valladolid si el gran claustro o patio claustral subsistente, es todavía el del palacio o ya hecho de planta para convento. Yo desde que lo he visto ya no dudo en tenerlo por lo primero. Lo veo trazado y detallado (incluso en sus bellísimos barandales y pilares y pilastras) por el mismo arquitecto del patio del Colegio de Santa Cruz de Mendoza y acabado (en lo alto) a la sugestión de las novedades de estilo,—iniciándose el Renacimiento en Castilla la Vieja—, del propio monumento de Mendoza en otras de sus partes: y como las fechas del mendoziano son conocidas, todavía todas ellas en el siglo XV, aunque en sus dos últimas décadas (de 1480 a 1500), resulta que este patio gemelo de las Comendadoras, es, en años, anterior a la fundación canónica de las Comendadoras en él mismo, pues la Bula pontificia, del Papa "Róvere", Julio II, fué de 1506, recién entrado el XVI. Desde luego ya decían las viejas memorias históricas, que la fundación santiaguista fué en el ya existente palacio Zúñiga: la duda sería en si el claustro se edificó antes, o fué labrado después. La duda de los historiadores la resuelve, a mi ver, claramente, la Arqueología.

El patio es hoy una verdadera delicia; íntegramente conservado; intacto; pintorescamente vestido en algunos trechos y acompañado de yedra, de otros verdes; luce así más el ritmo de sus arcadas, las series de sus pies derechos y la gentil galanura del doble rosario de sus antepechos, eh número de 22 en cada piso (5 más 6 más 5 más 6).

Tales barandales son variados de sus combinaciones lineales, pero todos góticos, y en general flamígero el gótico, no florido precisamente; y con singulares variaciones de sus trazados algunos: al tipo de las yeserías mudéjares, pero aquéllas de todo el detalle gótico, del tiempo de Enrique IV y aún del de su padre Juan II. La fotografía de conjunto, que yo conocía, no dió debidamente la nota de la variedad.

Los pies derechos bajos, pilares redondeados (más bien que columnas) son puramente góticos, del tiempo de los Reyes Católicos; y así el arrancar suave, desde tal masa cilindroide de las nervaduras de los arcos bajos: éstos son "carpaneles" o sea achatado el "semicírculo" (ya no, por tanto, semicírculo, sino semi-elipse).

En el piso principal, y también en el segundo, son un poco di-

ferentes los arcos de trazado: es más francamente de sector de círculo, pero sin llegar al semicírculo, es decir, arcos que se llaman "escarzanos". Pero los respectivos pies derechos, ya balbucean medias palabras de Renacimiento: así el capitel del piso principal, no conocido fuera de Valladolid (al menos por mí); y, más, el capitel del segundo piso, con corto estriado vertical, es decir, la forma muy típica del capitel guadalajareño del arte protorenaciente español, precisamente en la Alcarria: la tierra de los grandes señoríos de los Mendozas, que fueron los introductores del Renacimiento arquitectónico en los estados de Doña Isabel la Católica.

A juzgar por las respectivas fotografías, el claustro de las Comendadoras precedió en algunos años al de las franciscanas monjas de Santa Isabel (con parentesco en sólo los antepechos), y en más años al claustro de Santa Catalina de dominicas. Forman, los tres, una de las mayores, aunque menos visibles (por causa de las clausuras), riquezas monumentales de la entonces "villa" de Valladolid (la reconocida como la mejor villa de Castilla).

Las cuatro pandas iguales del claustro bajo tienen, totalmente íntegro todavía y bien conservado, un solado de guijarrillos, por entre los cuales con taba se forman, en mosaico, amplias curvas, dibujos decorativos de grata mirada. El conferenciante recuerda otros, sobre todos, el del claustro pequeño de las franciscanas de San Antonio en Segovia, muy destrozado (en comparación). Y aunque allí, como fundación de Enrique IV cabe pensar en mayor antigüedad, la del solado de las Comendadoras de Valladolid yo lo creo, sin seguridad, del siglo XVI, no del XV, y del ya convento y no del anterior palacio, en consecuencia.

⑥ Es curioso el uso de la taba. "Taba" o "astrágalo" es uno de los huesecitos del tarso al empeine del pie (en el hombre son siete): aquel que vagamente se acerca a la forma cúbica. Por ello, las tabas de carnero se usaban mucho, y se usan todavía, en los campos, para un como juego de dados (de dado): el "triunfo" es que quede arriba el lado que se llama "carne", cóncavo y mostrando como una ese. Y es curioso recordar que igual juego se usó, y mucho, en la Grecia gloriosa de la antigüedad; y en muchos Museos se conservan estatuas, y muy bellas, y de original del siglo III, o del II antes de Cristo, que representan a una chica griega (una "kore") de "astragaloitsonte", es decir, sentada al suelo y jugando a la taba. Fuera de Castilla, yo no tengo idea de que las tabas se haya hecho uso "arquitectó-

nico". Verdad es que la carne de carnero no se come tanto en otras naciones, como en Castilla. Si el solado se hizo con tabas de los platos de la Comunidad santiagoista, algunos años pasarían recojiéndolos, ciertamente.

Doña María de Zúñiga, en una fundación como había de ser la suya, necesitaba algo más que regalar un palacio y el área de toda una manzana, y, aún, mucho más que sufragar los gastos de la construcción. Su fundación no era como las de Santa Teresa (y en general las de las órdenes mendicantes), de monjas o de frailes que tengan que pedir o que trabajar para poder vivir. Su fundación había de suponer capitales a renta, tierras, o casas. Las Comendadoras habían de vivir de tales rentas, y vivir con decoro, de verdaderas damas.

⊗ En realidad no eran del todo monjas. Eran, por el contrario, —como las Comendadoras Santiaguistas de Madrid (bastante posteriores de fecha), o las de Sevilla, y otros lugares—, hermanas, madres, tías, hijas, caballeros de la Orden Militar de Santiago. Mientras los caballeros luchaban contra los moros, o guarnecían castillos de las fronteras militares, bueno era que tuvieran las damas refugios donde vivir cristianamente, pero con holgura y hasta con ostentación nobiliaria. Ellos, los padres, hijos, hermanos, en el frente; ellas, en lugar sagrado, en la retaguardia: lugares estos, además, muy propios para viudas y huérfanas de santiagoistas, en especial por los muertos en los campos de batalla.

La Orden de Santiago (con la regla de San Agustín como los Dominicos: y con correa por tanto y el hábito negro), como las otras tres Ordenes de España, a saber las de Calatrava, Alcántara y Montesa y la de Avis en Portugal (con la regla de San Benito y las constituciones de San Bernardo; y por tanto con hábito blanco) era de milites-religiosos, mucho más militares que monjes, con algo de lo uno y de lo otro, en siglos de la Edad Media, sin poderse casar, y haciendo la vida fuera de la familia, en los castillos o en los conventos. Acabada la guerra de la reconquista con la toma de Granada, ya fueron otras las costumbres: ni tan de monjes, ni tan de capitanes.

Se llamaron, y ya siempre, "comendadores" a los más distinguidos caballeros; a quienes se les encomendaba el mando de un castillo, de una villa, al menos de una casa fuerte, mandando a otros caballeros de la misma Orden, y a muchos soldados: tenían, a com-

bio y de por vida, las rentas de las fincas de la encomienda, a veces comparables y aun mayores que las de un buen condado o un marquesado. Lo cual dejará comprender que era un tanto impropio el nombre de "comendadoras" dado a todas las demás monjas, pues comendadora (por razones de asimilación) era tan solamente la Superiora de cada convento: las que en las Ordenes más históricas se llaman abadesas, prioras en otras, guardianas en alguna de las Ordenes mendicantes. La verdadera "comendadora" hacía suyas las rentas, es decir, las administraba, distribuía y atendía a todas las necesidades de la Casa. En ésta no había propiamente clausura. El conferenciante fué recibido en 1899 por la Comendadora de las "sanjuanistas" de Sijena, en visita; y aquellas sanjuanistas, todos los años (su magno convento radicando en pleno campo) un sólo día al año, salían en comunidad a dar la vuelta por fuera a todos los edificios y murallas. En años recientes, dirigiendo conferencias de Historia y Arte, y con casi un centenar de oyentes, entró el que esto escribe en el coro, sala capitular, sala prelaclal, claustro, etc., precisamente de las comendadoras Santiaguistas de Madrid, en el gran monasterio al que en 1865 se fueron a incorporar las santiaguistas de Valladolid y las de Sevilla (y algunas otras, creo). Ha sido que la Orden de Santiago y el Consejo Real de las cuatro órdenes nobiliarias y militares españolas, acordaron la reducción del número de sus conventos de "comendadoras", porque algunos habían quedado con pocas religiosas, y porque los Gobiernos de las épocas liberales les habían quitado y les habían vendido, sus fincas, sus casas, y en general sus capitales de renta, en parte muy considerable.

Por ser el explicado el carácter de las santiaguistas, antes que iglesia grande (que apenas se necesitaba tal sino para las pocas fiestas y sobre todo para las tomas de hábito de los caballeros santiaguistas de la ciudad), les hacía falta amplitud de casa. Las damas de las Ordenes Militares solían tener criadas con ellas. Antes que la iglesia, al menos que la actual, se atendería al edificio de habitación.

✓ Desde luego esto demuestra la escalera principal que parece deberse cifrar en los promedios del siglo XVI. Van los escalones sobre tramos planos rampantes, horizontales en los rellanos, y son las superficies bajas consiguientes de artesonado, todo en madera, y por sostenes se ven alargadas columnas, también de madera. En las delanteras superficies de cada escalón, que en cada rellano se llaman "contrahuella", se ve fila de azulejos de tipo sevillano del XVI. La

escalera al ángulo Noroeste del claustro, tiene su cuerpo alto de luces visibles desde la calle de "María de Molina".

En uno de los ángulos del claustro, creo que en el N. E. y su línea de N. hay un arco plateresco de detalle grueso y muy cubierto de encalados.

Puede ser del tercero mejor que del segundo cuarto del siglo XVI, por tanto también bastante anterior al templo actual.

Y ya en el claustro, citaremos dos capillas: mejor dicho una, y una capillita. La capilla es de relicarios, todos modernos, seguramente de las actuales dominicas francesas, y así las imágenes; el retablo es antiguo. Se cubre con bóveda de las llamadas "de rincón de claustro" (cuatro curvas cilíndricas rampantes) con penetraciones a que obedecen cuatro ventanas con sus techos planos); sin seguridad alguna, presumo esa cubrición del siglo XVII. La capillita, por su parte, con una imagen aislada de Santa Inés, se entapiza de tapices, de serie; con sólo paisaje en el del fondo, Santa Cecilia y Santa Marta a los lados y en estos mismos, más a los pies, y más estrechos, Santa Genoveva y Santa Juana de Arco; con letras (de salmos) en francés, Son contemporáneos; que no sé si son de telar mecánico, pero verdaderos tapices: sus modelos de pintor de cierto espíritu purista algo a lo prerrafaelista. Esta capillita creo que está al centro del lado del Oeste; la capilla al opuesto, el del Este.

## La Iglesia

El templo tiene historia, abreviadísima, pero conocida; esquemáticamente. "A finés del siglo XVI se hicieron nuevas la iglesia y parte del convento, constando que de 1593 a 1596, por lo menos, dirigía las obras y había hecho las trazas el trazador mayor de Felipe II, Francisco de Mora". Son palabras de la mejor Guía de Valladolid, escrita para el Congreso de Ciencias en 1915, redacción (en lo monumental) del arquitecto Sr. D. Agapito Revilla.

Si en estos dos años no se ha perdido en Madrid el archivo que fué de las Ordenes Militares, ya incorporado en el Histórico Nacional, podrá conocerse mejor la historia de la iglesia, pues en todos los templos de la Orden, intervenía las obras la Orden misma y también el Consejo. Mientras tanto, bueno es añadir que, siendo exacta la frase de "trazador mayor", era ya más que eso, verdadero y gran arquitecto Francisco de Mora. Hasta 1571 fué maestro mayor de la

nueva iglesia y convento de Uclés; una de las dos magnas iglesias prelaicales de la Orden de Santiago, y de las dos (la otra era la de San Marcos de León), la inmediata a la Casa Maestral de toda la Orden para toda España. En 1591, se llamó a Mora por Felipe II,—ya no en concepto de Maestre de Santiago, sino como Rey—, a dirigir las obras del Alcázar Palacio de Madrid, y las del Palacio del Pardo; éste lo reedificó él poco después, después del incendio en 1604. Murió el primer Mora en 1611, y desde la muerte de su maestro el gran arquitecto del Escorial Juan de Herrera, en 1597, fué el principal arquitecto de España. En el Escorial mismo es suya la galería de convalecientes, la más jugosa nota arquitectónica en aquel insigne monumento del más severo estilo del Renacimiento, Mora, felizmente, menos severo, menos puramente geométrico, menos seco que su maestro.

A renglón seguido, dice la "Guía" de 1915, estas otras palabras, no acertadas en mi concepto: "Únicamente acusa bien a las claras el período y el estilo (el de Mora), la portada de la iglesia donde se nota la influencia herreriana que tenía que dominar en Mora". Dominar, sí que dominaba, con la salvedad dicha. Pero la portada, plena y totalmente herreriana, o sea escurialense, no es la de la iglesia, sino la de la calle, la de paso al "compás" o gran patio de ingreso común a templo y a convento. También herreriana y escurialense, la fila de columnas al pórtico del convento en ese patio.

Estas columnas son del orden toscano, el más sencillo y el más severo y robusto de proporciones de los tres órdenes clásicos: el dórico romanizado que se llama "toscano". En España hasta el siglo XIX, no se ha usado el dórico puro, sino ese dórico "toscano".

La portada más exterior es completamente del orden del Escorial. Las bolas características de Herrera, en alto; la severidad grandiosa en todo: lástima que la estatua de la hornacina sea tan poca cosa. Las dos columnas son también "toscanas", pero con estrías. Y en la principal parte horizontal, que en todos los órdenes o estilos clásicos se llama "entablamento", la faja intermedia, cuyo nombre particular es "friso", va aquí (rigurosamente obligado en el orden dórico: sea puro, sea romano) subdividido, y las subdivisiones son alternativamente de un como cuadrado que se llama "metopa" y de una banda chica subdividida en tres piezas estrechas que se llama "triglifo".

La portada interior, es menos severa, sin ser jugosa, del juego

de sus elementos arquitectónicos. Las cuatro columnas toscanas (que no guardan ya bien las proporciones robustas) van estriadas, y la estría o concavidad, de arriba a abajo, es a lo puro dórico, es decir, con una arista solo lineal, entre estría y estría; pero ello en los dos tercios superiores del gran cuerpo o "fuste" (como se llama) de cada columna; pues el tercio bajo, lleva en relleno tales estriados. En el cuerpecito alto, más estrecho, y que se llama "ático" (cuerpo ático, o de último piso) las dos columnas son de otro orden, el jónico: caracterizado, porque el capitel (o diríamos la caperuza del fuste de la columna), tiene un enrollado en espiral a cada lado (cuando se le mira de frente). En el cuerpo bajo el "friso", se ve también partido en "triglifos" y "metopas" alternando, como cosa que es del dórico. Y en el ático, en cambio, y como cosa ya del jónico (de proporciones más alargadas) el friso sin tales subdivisiones, o liso, o adornado a todo su largo, como está aquí. Las dos estatuas en los intercolumnios laterales, puestas en hornacinas, están desgraciadamente mutiladas. Al santo (izquierda) y a la santa (derecha) les faltan características de las inconfundibles. A mi parecer, son San Agustín y su madre Santa Mónica: recuérdese que los santiaguistas son agustinianos por su "regla" y que Santa Mónica se ha solido tener por la patrona de las monjas agustinianas. La orden de Santiago no tenía santo ni santa canonizados cuando se labraba esta portada de tan grato aspecto. Yo, la creeré de por 1620, o 1630, como fecha problemática, y no del tiempo de Francisco de Mora, en consideración al recargo de ornato de la parte alta y a la no sumisión en las proporciones de detalle a los preceptos y ejemplos escurialenses. Discrepo, por tanto, del Sr. Agapito Revilla. La estatua de la Purísima en el ático es al caso concluyente: por su arte y tipo icónico, por lo menos del segundo decenio del siglo XVII.

En el interior del bello monumento, hay dos épocas: la de la construcción de todo el "buque" (así se llama) de la iglesia, la primera; y la de la decoración total de bóvedas y tantos otros ornatos, la segunda. La segunda labor es, pues, de vestidura; y si imaginamos, desnuda de ella a la iglesia, bien se ve indicado que obedeció a los severos planos y proyectos de Francisco de Mora. La construcción, de los últimos y ya citados años del siglo XVI; la decoración (sin tener noticia documental ni epigráfica), del barroco.

El tipo constructivo, es el seguidamente después generalizado (demasiado generalizado, monótonamente) en Valladolid. La Cate-

dral de Herrera y las Comendadoras de Mora, orientaron a tantos arquitectos, y por cosa de dos siglos.

La planta es de cruz (de cruz latina o sea de brazos no iguales de largos), pero poco acusados, apenas, los dos brazos del crucero, como el brazo de cabecera: al punto que podría decirse iglesia de nave única; la cúpula es la que en tal caso habría de extrañar. La nave se cubre con bóveda cilíndrica, cuyo nombre técnico es nave de "cañón" (de medio cañón); pero penetrado cada uno de sus tramos, por pequeños cañones (perpendiculares al principal), que se llaman "lunetos". Aquí la penetración (la arista del corte entre unas y otras superficies cilíndricas) ofreciendo ángulo algo agudo, el de las dos aristas. Los dos cortísimos brazos del crucero, en tramo solo cilíndrico, precisamente por ser tan cortos; el de cabecera, por serlo también (aunque no tan corto), con lunetos estrechos y agudos.

Al encuentro de unos y otros brazos, sobre las líneas cuadradas en el plano, se pasa en lo alto del "cuadrado" al círculo, por medio de cuatro triángulos equiláteros, pero esféricos (en superficie esférica), que se llaman "pechinas". Las cuatro tales superficies esféricas obedecen a un solo único centro de trazado en el aire, o sea que son partes triangulares no grandes, de una sola única esfera. Saber que son pechinas, es cosa fácil de explicar en un colegio, haciendo uso de un cuchillo, y operando sobre una naranja (peor, pero más cómodamente sobre una manzana). Se corta primero una mitad, y se la aplica sobre el plato por lo cortado: entonces es una cúpula (de las ciegas). Se le dan después cuatro tajos perpendiculares, iguales, y se ven a cuatro lados cuatro arcos semicirculares, tangentes entre sí (cada uno con sus dos inmediatos). En este momento intermedio, no es ya una cúpula, sino una bóveda baída: cuadrilátera, sección de una media esfera. Y en tercer momento y finalmente, se da el sexto y último tajo, horizontal otra vez, en plano paralelo al del primer tajo y ha de ser tangente, a lo alto, con los cuatro tajos del segundo tiempo. Entonces resultan ya solo mantenidas las cortezas de la fruta en la forma de cuatro triángulos esféricos: son las pechinas.

Volviendo a la iglesia, las pechinas sostienen (sin intermedio digno de nota), la media esfera de la cúpula. La cual, naturalmente tiene menos radio que la esfera ideal a que correspondieron las pechinas. Es, pues, como más hueca. En otros templos (pero en Valladolid pocos), entre pechinas y la hemiesfera de la cúpula, hay un cuerpo arquitectónico cilíndrico, que se llama "tambor", por su pare-

cido con la forma de los tambores de las bandas de música: cuerpo cilíndrico muy apropiado para, abriendo ventanas, dar alta y bella luz a toda la cabecera de un templo. En la iglesia de las Comendadoras, súplese lo de la luz por tener en lo alto abertura circular, y sobre el "anillo" circular (así se llama, anillo), un cuerpecito arquitectónico cilíndrico, cuyo nombre técnico es el de "linterna" (por parecerse a las linternas de alumbrar de noche. En caso de "linterna" (pues otras veces, solo es claraboya), dándose la luz por lo cilíndrico, la cubrición de la linterna es de una cupulilla, otra, pero bien pequeña, media esfera.

Repito que para mí, toda esa cubrición debió de ser la proyectada por Mora, presidiera él o no las tareas de la edificación; probablemente no, pues Mora tuvo demasiadas obras a su cargo lejos de Valladolid y de mucha mayor entidad que la iglesia de las Comendadoras. En Valladolid no creo que suene su nombre en ninguna otra tarea (no es suya la de Portaceli).

Su planta de las Comendadoras, alcanzaba al amplio coro, único, bajo, pero con la cubrición igualmente alta que la nave y continuación de la misma. En cualquier convento de verdaderas monjas, se hubiera subdividido en dos pisos, para coro alto y bajo, celándolo más o menos a las miradas de los fieles: la condición, pues, de las Comendadoras, más bien damas que monjas, explica ese detalle del proyecto de Mora: en el que hay que imaginarlo sin el gran balcón, que es posterior, y es el que hace creer en que haya también, sin haberlo, coro alto: es un balcón-puente.

En la iglesia de los fieles, hay tres espacios para capillas a cada lado de la nave grande: pero con solas cuatro capillas, pues la que habría de ser segunda de la izquierda, o lado del Evangelio, es la puerta pública del templo y la que había de ser segunda derecha, o lado de la Epístola es hornacina del órgano, en esta iglesia no puesto en alto (y es otra de sus singularidades); es escusa (como en el crucero) el hondo de las seis capillitas. Su cubrición es de tramo corto cilíndrico, o "medio cañón", el eje del mismo en sentido perpendicular al de la gran nave.

La vestidura o decorado del templo, es barroca: en bien acusado relieve los típicos ramajes retorcidos. Pero donde se acusa, es ya en lo alto. Suben, sí, pilastras, de capitel corintio, relativamente sencillas o severas en cuanto a la decoración. Sobre las cuales corre un entablamento, ya no del estilo u orden corintio clásico, sino con el

típico detalle (¡tan español, tan castellano!), que caracteriza mucho en estas Castillas los comienzos del barroco. Aludimos a las men-sulinas que en su parte baja y menos saliente se ven adheridas en sentido vertical al friso y en su parte alta y más saliente, van adheridas en sentido horizontal a lo más saliente o voladizo de la cornisa. La antigüedad clásica (ni tampoco el Renacimiento y sus tratadistas de arquitectura), autorizaron nunca un tal elemento arquitectónico; enlazador inesperado y como postizo de los frisos con las cornisas, sin poderse decir parte integrante de aquéllos, ni tampoco de éstas. Tales repisas nos llevan, en cuanto a la cronología, al segundo tercio del siglo XVII (poco más o menos), y son extraños del todo al arte escurialense y a las maneras de Francisco Mora. No es el pleno barroquismo; pero tal nota de libertad, desembarazándose de cánones y preceptos clásicos, delatan el comienzo de las libertades, después las verdaderas licencias, barrocas.

Más arriba de la cornisa (en el cuerpo general del templo) y en otros lugares de él relativamente altos, es donde el barroco se desborda caudalosamente, consiguiendo impresión de magnificencia. Por ejemplos, más aislados, los copetes o cimeras de las dos "portadas" no sé si totalmente simuladas, de fondo de cada brazo del crucero. El mismo arquitecto o decorador de toda esa rica hojarasca dió modelo (al parecer) para la decoración de la gran caja del ya mencionado órgano. Barroco es el tornavoz de talla en madera, del púlpito, que en Castilla llevaba el nombre de "sombrero del púlpito"; el púlpito en hierro en sí mismo es más antiguo, severamente clásico.

El conjunto del barroco dicho, el de hojarasca, me parece del último tercio del siglo XVII, e imagino que hecha toda de una vez la "barroquización" del buque antes severo y "clásico" de la iglesia. Acaso serán del mismo período de actividad no constructiva sino renovadora, todos los muchos balconajes (ocho en las seis tribunas laterales sobre capillas, y el balcón que cabalga por sobre el cierre del coro).

Es anterior, en cambio, el bello herraje, aun del siglo XVII, y no le creo de sus finales, del cierre de la puerta principal: acaso el más curioso y bello de Valladolid, con su ediculito de la cruz. A un lado y otro del interior (también) de dicha puerta, hay pilitas marmóreas, con pilastritas, capiteles, etc., lindas y de estilo, y con la cruz de Santiago.

En los relieves decorativos, de yeserías o escayolías, hay de es-

cultura, en figuras, las de las cuatro virtudes cardinales (que los "catecismos" de doctrina cristiana han tomado de los filósofos paganos Aristóteles y Cicerón) en las cuatro pechinas de la cúpula: del lado del altar mayor, y por tanto, más visibles desde la nave; se ven la Justicia a la izquierda con la balanza y espada, y la Fortaleza, a la derecha con una columna; las otras dos no ofrecen característica "personal" hoy. Sobre el puente de la tribuna que está sobre la separación del coro a los pies y la iglesia de los fieles, el barroco, que lo creó, decoró el arco, como triunfal, de encima: el escudo tan barroco, del lado Epístola es el de Zúñiga, y el otro es, o de Rojas o de Fonseca (5 estrellas: sin verse el color y el "metal", no cabe distinguirlos).

✕ Otro "momento" del templo es el de los retablos en general: son neoclásicos, de los fines del siglo XVIII, o primeros del siglo XIX. La homogeneidad de estilo sorprende mucho; con haber variedad de tipos, se ve total sistema en el reparto de ellos, y por consecuencia coetaneidad en las tareas, obedeciendo a un solo encargo. En conjunto, yo los veo labrados en los fines del siglo XVIII; cabiendo elasticidad cronológica en la presunción, porque el estilo neo-clásico (muy a diferencia del barroco o los barrocos y del rococo o los rococos) es doctrinalmente intransigente: de una como tiranía perduradera, aunque no perdurará demasiados años.

Intransigentemente se impone que tenga un solo orden, y columnas en un solo piso (o pilastras), por tanto, y casi siempre frontón sobre ellas y sobre los entablamentos respectivos. Falta frontón tan sólo, en el del fondo del crucero a derecha.

El mayor tiene dos bellas columnas corintias: su frontón es triangular, el verdadero "frontón" del arte griego inmortal de la antigüedad. También son, sencillos, triangulares los frontones de las cuatro capillas (primeros y terceros tramos del templo público), pero con pilastras, no columnas, y con capitel jónico (o mejor: parte alta jónica de un capitel "compuesto"), y no íntegramente corintios. Ante el retablo mayor, un bello y también puramente clásico sagrario, de rotonda con columnas también corintias: tiene apareadas cuatro columnas a la vista, o sea en la mitad delantera de su circuito; y sobre el corrido entablamento, se levanta su cúpula; el que la rodeen angelitos precisa su fecha en el período neo-clásico, pues de otra manera restaría la duda de si correspondía al tiempo del Arte del Escorial.

Los dos retablos colaterales, o sean los del crucero cara a los

pies, tienen el frontón no triangular, sino en arco; es decir, en la forma de variante romana del frontón griego, que los romanos usaban para sólo alternarlos con los triangulares en casos de una serie de muchos frontones chicos, en una sola fachada o paramento. En dichos dos retablos y en el mayor, se ve, sobre todo en las cornisas, la precisión del detalle de las molduras, correspondientes al orden corintio; por ejemplo, los denticulos y las mensulitas o repisitas. El solo altar mayor tiene acróteras, o sean dados sobre lo agudo del aplastado triángulo isósceles de su frontón, y a los lados, y sobre ellas jarrones.

Lo más característico del capitel corintio son sus dos filas de hojas de la planta llamada "acanto" (del "acanto" llamado "noble" por los botánicos), que fué una invención feliz del siglo V antes de Cristo, en su segunda mitad, y atribuída a un gran escultor llamado Kalí-majos. Todavía entre los griegos corría más la leyenda de que se halló modelo inesperadamente. Una madre había dejado sobre el lugar de entierro de su hijita muerta, un cestito de mimbres con flores, y por brotar debajo de él, de la tierra, una mata del dicho acanto, sus tan amplias hojas casi lo envolvieron y lo elevaron un poco, ofreciendo idea bellísima para la creación del nuevo capitel: el corintio. Lo cierto es que desde entonces en los países civilizados, desde hace 25 siglos, se ven capiteles corintios por todas partes, e innumerables.

El orden corintio, sin embargo, y salvo el capitel, no es más que una variante del orden jónico; un poco más rico en su cornisa. El capitel jónico, por su parte, se caracteriza por formarse su caperuza como por un pergamino enrollado a derecha e izquierda, y por el centro de ambos rollos plano, más o menos estirado. Recuérdese que los libros en la antigüedad no eran a hojas, sino a tiras larguísimas, en un enrollado (rótulo, se dice). Cuando se leía, se iba desenrollando (a derecha) y arrollando lo ya leído (a izquierda). El doble rótulo del capitel jónico presupondría, pues, un libro de aquéllos, al andar leyendo por su mitad, o sea, cuando el rótulo de lo leído viene a ser igual al rótulo de lo que falta por leer.

Sin haber entrado en el coro se acierta a ver el carácter, también neo-clásico, pero ya no puro, de los respaldos de su sillería; sus columnillas las acerté a creer como de capitel jónico, pero algo caprichoso. Las sillas (dos) presidenciales, no llegué a descifrar si tenían entallada la heráldica y estemas de la Orden de Santo Domingo: por tanto, modernos en la casa.

También neo-clásico, pero no puro, como no puro es el estilo del coro, es el altar a un lado del mismo coro: lado norte (o sea el del Evangelio de la iglesia).

Esto nos lleva a dejar aquí sentada la nota de que la iglesia está "orientada", según casi era de rigor en la Edad Media. Es decir, mirando a Oriente (hacia Jerusalén) los fieles en ella; cuando precisamente las mezquitas de los moros, hacia el Sur (hacia la Meca). Y conste que ni Jerusalén la tenemos justo al Este, ni la Meca de Mahoma al justo Sur; pero eso no era óbice para el gran arraigo de la costumbre, hoy del todo olvidada al plantear obras de nuevas iglesias. En la de las Comendadoras, hoy de dominicas francesas, la orientación es evidentemente procurada; pero además, no la precisa al Este, sino (con más precisión geográfica) con alguna declinación al Sur, o sea algo de lo que geográficamente se llama Este-Sur-Este, es decir, apuntando mejor a Jerusalén.

En todos los retablos, los nueve que tiene el templo (incluyendo el del coro) hay escultura, y en ninguno pinturas. Pero, sin duda al cambio y sucesión de comunidades (santiaguistas hasta 1865, salesas después, desde 1885, dominicas ahora), las que dejaron el templo, se llevarían las imágenes. Hoy son modernas la mayor parte: el grupo de la Virgen del Rosario, entre Santo Domingo y Santa Catalina de Siena, en el altar del coro; la Virgen del Pilar con Santiago (mármol) en primera capilla izquierda; Santo Domingo, en la tercera; Virgen de la Paz, en el colateral izquierda; Corazón de Jesús, en el colateral derecha; San José, en el crucero derecha y Santa Catalina de Siena en la tercera capilla derecha. Solamente son del tiempo de la arquitectura de los correspondientes retablos, el San Antonio de Padua de la primera capilla derecha, esculturilla del siglo XVIII, graciosa, que le es propia, y la escultura toda del retablo mayor. Sin embargo, la citada Virgen de la Paz pudiera ser también del siglo XVIII.

Lo principal en el retablo mayor, es el gran grupo de Santiago, el Apóstol, luchando, el "Santiago matamoros" a caballo, los vencidos moros derribados al suelo, y caminando delante de él, y, cosa curiosa, no como enemigo, sino como correligionario, un morito negro con tambor, redoblándolo, como animando a la batalla y marcando el paso de ataque: arte, el del grupo, no tan neo-clásico comparado con la arquitectura que preside, y polícromo (que es subrayar esa misma independencia de los cánones del neoclasicismo). La policromía, no es la castiza de los "estofados" y "encarnados" del

siglo XVI y XVII de Castilla y Andalucía (y toda España), sino la pintada en lustres y charolados de nuestro siglo XVIII. Además, a izquierda y a derecha del retablo, pero en unidad artística con él, sobre pedestales, se ven estatuas, e igualmente policromadas de San Fernando, Rey de Castilla y de San Francisco de Borja, artísticamente interesantes, y muy bella y sugestiva la última.

San Fernando viste el traje europeo de mediados del siglo XVI, el que a fines del XVII se le vistió a su cuerpo bastante momificado, en Sevilla (Catedral) cuando la canonización pontificia: el traje que entonces, y sobre todo en el siglo XVIII se llamaba equivocadamente "a la antigua española" con gregüescos a los muslos, acuchilladas mangas, gola de encaje chica al cuello, etc. Claro que San Fernando, que vivió en la primera mitad del siglo XIII, no vistió así en vida, pero así se le representó ya siempre; y claro que con corona real, manto, espada, esferamundi, etc.

San Francisco de Borja, viste, artística pero incongruentemente, sotana y también manteo de jesuítas y a la vez, encima, el manto de caballero santiaguista: lo que fué y lo que había sido antes, cuando era duque de Gandía, marqués de Lombay, Mayordomo mayor de la emperatriz y Reina de España Doña Isabel de Portugal...

Es ésta una ascética figura verdaderamente admirable: una de las esculturas españolas del siglo XVIII—el baladí siglo XVIII—de mayor sugestión; aparte de la escuálida, ascética cabeza (que es todo eso), bello, el conjunto, algo extraño. No conozco entre los escultores del siglo XVIII español a quien atribuir todas esas esculturas; pero la cabeza de este tercero Prepósito General de la Compañía de Jesús, me suscitó una idea y una atribución que creo satisfactoria. La idea, la de comparar la cabeza cortada del Bautista en la parroquia de San Andrés (en urna al centro del altar colateral de la derecha): y la atribución, al escultor en madera Felipe Espinabete que la firmó en 1773, como en 1778 la del Bautista y la de San Pablo en la clausura de las Lauras (no las conozco), y en 1760, la del Museo (no expuesta) del mismo San Pablo. Espinabete vivía aún y era académico en 1784. No conozco alma de artista aún, sin razones estilísticas bastantes, ni depuradas, para poder creer que sea nadie sino él, el autor del santo Borja de las Comendadoras, y lo será acaso de toda la escultura del retablo.

El Arte aparte, y subrayando el Arte mismo los temas históricos, ofrecen vivo las esculturas de altares de las Comendadoras.

el recuerdo del Patrón Apóstol de España San Jaime, del rey santo de España, San Fernando, del Grande de España, primero a lo humano y después a lo divino, San Francisco de Borja; y los altares también, en imágenes polícromas modernas, el del castellano viejo, acaso el de más honda huella en la Historia Universal, Santo Domingo de Guzmán, y el de la santa italiana, de otra tal huella, e imborrable recuerdo, de caso excepcional, Santa Catalina de Siena. De tales varones, y de mujer de tan varoniles gestos, aparte y a más de la devoción, debe hablar el historiador, por profano que sea, por ajeno que sea a la vida devota. En la vieja Historia de naciones y en la anticuada Historia Universal, sobra mucha broza—la de acontecimientos monótonos de políticas y de guerras—y falta mucha médula, de la biografía de los seres excepcionales y de acción social más fecunda, como son, en lo humano mismo, algunos grandes santos, como los citados.

¿Cabe apreciar siquiera, todo el valor que en la historia de la hispanidad medieval, tuvo la creencia "católica", sancionada por la Santa Sede en lejanos siglos, de guardarse en Compostela el cuerpo del Apóstol? Por tal centro de atracción de los peregrinos de toda Europa (hasta de la lejana Escandinavia) y por acudirles hospitalariamente, vino en crearse cofradía que, agrandándose y sublimándose vino a ser la Orden caballerescas de Santiago. Su insignia, simbólicamente sangrienta, como el heroísmo de sus milites, era una cruz roja de tres brazos cortos enlazados y el cuarto largo cual hoja amplia de espada. Que es la que se ve en tantas partes de la iglesia y del convento de las Comendadoras, y a veces (así siempre para los Grandes Maestros de la Orden) acompañada de otro símbolo santiaguista: la concha de la aludida peregrinación. La tal cruz la llamaban los caballeros, algo demasiado familiarmente, "el garabato"; pero también llamaban así las cicatrices propias en el pecho, de la punta de la espada enemiga, y las mortales que la punta de la espada propia bordaba tantas veces y se veían en el pecho de los cadáveres de adalides moros, en los campos de batalla.

¿Cabe apreciar todo el valor dado a los heroicos piadosos combatientes, la creencia de la celestial asistencia, équite, en caballo blanco, del santo Apóstol, patrón de España, en la batalla de Clavijo—cual se ve en el grupo del altar mayor—? Como el grito de guerra de los franceses (aquellos por quienes se dijo siempre "Gesta Dei per francos", las hazañas de Dios por manos de los francos), fué en tantos siglos "Monjoie Saint Denis", y como el de la Corona de

Aragón "Sant Jordi, Sant Jordi", así en la de Castilla, el de "Sant Yago y cierra España".

La Crítica histórica, que creyó demostrar la falsedad del Voto de Santiago y la evidente pura leyenda de la batalla de Clavijo, ha venido ahora a reconocer la verosimilitud absoluta del Voto a Santiago, por el Rey Pedro II de León a la vez que un Voto a San Millán, del Conde soberano de Castilla, en la batalla del todo histórica y trascendental de Simancas, cerca del futuro Valladolid, el año 939.

Aún eleva a lo alto el hoy santuario de las Dominicas francesas sus dos artísticas veletas. Sencilla la de la "espadaña" (o campanariete de sólo una pared y los arcos para las campanas), su simpático hierro artístico ofrece el escudo de la barra y con orla del apellido Zúñiga, en hierro calado, al recuerdo de Doña María de Zúñiga, la generosísima fundadora de la casa santiaguista; pero la cruz y veleta de la linterna de la cúpula (cuyo exterior de pizarra y de plomo recuerda la acción personal de Felipe II al traer de Flandes y de Inglaterra los innovadores introductores del uso en flechas de torres del plomo y de los pizarrados monumentales en Castilla), una cosa muy bella del Arte industrial, nos muestra el dicho "garabato" o cruz santiaguista, y a la vez la venera de las peregrinaciones europeas a Santiago de Compostela.

En la primera capilla de la izquierda (la del pilar) se conservan un buen cuadro de la devoción de las Comendadoras; es el del primer tercio (creo) del siglo XVII y representa a muchas de ellas (una docena) a derecha e izquierda, arrodilladas, vestidas con sus hábitos negros y su manto blanco, cruzadas (con la cruz de Santiago), a las que en pie en el centro ampara, tendiéndoles los brazos una como figura cual de Jesús, pero no es sino San Jaime Apóstol, Santiago el Mayor, Patrón de España, caracterizado por llevar en esclavina dos conchas, recuerdo o, mejor dicho, alusión a las peregrinaciones hacia el Finisterre, que se creía (en la Edad Media) el fin de la tierra. (En la capilla primera derecha, un lienzo, de Santa Rosalía acaso, y una estatuíta de Santa Rita de Cassia, agustiniana, no sé explicarme la razón de su presencia).

La concha o venera del peregrino, era colocada casi como adorno en el sombrero o en la esclavina, pero se usaba para coger el agua para beber, al paso de arroyos, ríos o acequias. Iguales razones de carácter práctico suponen el bordón o largo bastón, usado incluso para saltar arroyos, no demasiado anchos, sin mojarse los pies siquiera, y la calabaza atada al bordón o a la cintura, para lle-

var algo de agua por las tierras secas del trayecto. En muchas imágenes de Santiago (aun en la lejana Suecia) se le pinta con todas las citadas características, propias de los peregrinos a Compostela.

En cuanto a San Fernando, el gran Santo-Rey conquistador de los reinos de Jaén, Córdoba, Sevilla y Murcia, hablan, y no bastante, las historias generales; y de sus creaciones (catedrales de Burgos, de Toledo y la misma de León), bien fácilmente las pondera la Historia de las Artes monumentales españolas.

A San Francisco de Borja no se le hace bastante justicia, en cambio. La Historia de la cultura debe reclamarle. Creó la Universidad y el Colegio de Gandía, su patria, en donde se graduó, al pensar el cambio de su vida. Pero es, además, el fundador del famosísimo Colegio Romano (Universidad Gregoriana) de Roma, cada día más glorioso, hoy con muchos millares de alumnos de 20 o de 30 nacionalidades distintas de 20 o 30 Ordenes religiosas, y jesuítas, pero doctísimos, sus catedráticos. Juntamente con el P. Láinez (su predecesor en el Generalato de la Compañía) y sólo él después, fué quien abocó a los jesuítas a la enseñanza, a la alta y a la media. En la Historia de la Cultura de Europa, no hay suceso igual en los siglos pasados, al de la multiplicación casi inverosímil de los Colegios de Jesuítas, con rentas dotados, con edificios propios, y con iglesias adjuntas, en bien pocos años: el primero, en 1541, y en 1615 ya no menos de 372 Colegios: un promedio de cinco nuevos cada año en los setenta y cinco años.

La estatua de la Iglesia de las Comendadoras, por Espinabete, o por quien sea el escultor, le representa con una calavera en la mano (sobre un libro) que San Francisco de Borja contempla conmovido. Así se le representa en general, siempre con calavera, pero con la corona encastuetada en ella (que aquí habrá caído y se habrá perdido). Ello es al recuerdo del trance decisivo de su vida, la mal llamada "conversión del Duque de Gandía". Era virtuosísima ya y siempre su vida matrimonial, padre de numerosa prole, y su vida cortesana, Mayordomo mayor de la Casa Imperial, y a su tiempo, Virrey y Capitán General de Cataluña.

Sentía puro amor de veneración a su Señora la Emperatriz. Por su alto cargo, tuvo que conducir el cadáver de la malograda esposa de Carlos V, madre de Felipe II, al panteón provisional de Granada, y tuvo que abrir el ataúd, al haberse de certificar la entrega... Al ver ya medio consumida la faz, antes bella, de tan alta y virtuosa princesa, meditó instantáneamente, ante la nada del mundo, "no vol-

ver a servir a Señor que haya de morir". Su primera o "secreta" entrada en la Compañía de Jesús; y después, la abdicación total de cargos, dignidades, ducado y bienes, su profesión pública, causó en el mundo tanto efecto, que fué una, y no la menor, de las causas de la explosión, de aquella que puede llamarse revolución moral, la que las anteriores cifras de la propagación de colegios, confirman que suscitó en la Europa cristiana la Orden de los Jesuítas, en tan escaso tiempo. Aun en lo más humano, aquella como instantánea universalización jesuítica de la segunda Enseñanza, que ellos crearon para seculares, en toda la Europa católica, a sugestión, sobre todo, del santo Borja, tiene que recordarse en una Casa de segunda Enseñanza, bien que femenina, como es el Colegio del Rosario de Valladolid, ciudad que habitó el Santo Duque de Gandía, acompañando a la Emperatriz, tantas veces, y después, de nuevo la visitó, siendo ya jesuíta.

¿Debe el "conferenciante" ahora, hablando, o mejor dicho, escribiendo para las Dominicanas del mismo y para sus alumnas, hablar también unas palabras de Santo Domingo, de Santa Catalina de Siena, por razón de sus altares en el viejo templo de las Comendadoras?

Otra gran revolución moral y cultural en el mundo del siglo XIII (cuando jovencito San Fernando), es la de Santo Domingo de Guzmán; y, precisamente, en Francia, en la Francia del Sur; y guiado el Santo Guzmán (canónigo de Osma, natural de la Ribera de Burgos, aquí cerca), por sola obediencia al Papa (el mayor de los Papas políticos, Inocencio III): él lo que quería (y aún ansió siempre, porfiadamente) era ir a convertir paganos en la todavía pagana Rusia. Si la cruzada y la inquisición subsiguientes, pudieron triunfar materialmente del incendio herético maniqueísta de los albigenses, se debió a la predicación previa, aunque aparentemente poco eficaz, de Santo Domingo; eso, sí, ayudado luego por el ejemplo de virtudes de sus primeras hijas (antes que pensara tener hijos de religión): las mujeres que habían sido, ellas, por error, antes albigenses, de la comunidad de Prouille, aquitana, francesas (del Sur). Y ya toda la soberana acción dominicana significó ésto, nada menos que ésto: la ciencia cristiana de las grandes Universidades (París, Bolonia) multiplicada vertida y repartida y predicada a todas partes, por todos los predicadores, por todos los tiempos. Por eso, y ante el cambio moderno de la vida de la mujer, tienen las hijas doctas de los predicadores dominicanos, como más deber y más derecho que nadie a

una plaza de enseñanza, como la de las francesas de Valladolid; y eso que han pasado ya setecientos años de las campañas de las doctas conversas ex-albigenses de Prouillé, la primogénita de las Casas dominicanas del mundo. Lo dice un amante de la gloria universitaria.

Quien no debe ya aquí hablar de Santa Catalina de Siena, la que fué en su pobreza fisiológica y su absoluto ayunar y su ardor místico, como un eterno milagro, y, por añadidura, portento viviente de una analfabeta (la terciaria dominicana a que obedecían Papas en las cosas de más trascendencia política), analfabeta y gran escritora a la vez dictando, autora de tratados, pensamientos sublimes, excepcionales. El que esto dice y no una palabra más, quiere recordar que los días más amargos de su vida, a las noticias de las catástrofes de la España de 1936 y de su familia misma en 1936, las vivió solitario en un cuarto de albergue de Roma, habitación, la suya, situada dentro del perímetro del viejo solar de una casa, no grande, donde murió Santa Catalina de Siena; de donde las paredes, techo y suelo de su alcoba mortuoria se transformaron, reconstruyéndolas, hace ya siglos, al convento de Santa María "Sopra Minerva" de Roma, en cuya magna iglesia se guarda su cuerpo en el altar mayor.

### Apéndice

Hemos visto en la Casa-Iglesia recuerdos tantos, de la vieja Comunidad extinguida; de las devociones gloriosísimas también, de la nueva Comunidad dominicana. Entre los siglos de la primera y los decenios de la última, por pocos años, entre 1865 y 1885, vivieron las Salesas: al recuerdo del incomparable Obispo de Ginebra, el saboyano San Francisco de Sales, y de la cofundadora de su Orden, Santa Juana Francisca Fremiot, Baronesa de Chantal, gran Santa francesa. De las Salesas no hallamos recuerdo de arte, bien que fué de pocos años su residencia, y que la dejaron para instalarse en casa del todo propia y nueva y con nuevo templo (gran capilla) en la calle que se llama de Francos (ahora oficialmente de "J. Manbrilla".)

Allí sí, en tal iglesia, hemos visto, en cambio, retablos viejos, cuatro, pero dos de ellos muuy transformados al aprovechar los elementos antiguos. Los otros dos, todavía con mayor seguridad, ya presumida para todos, proceden de las Comendadoras: Tienen el borde lateral o "canto" en el viejo dorado (sobre el dorado) la roja cruz de Santiago en su forma del siglo XVI y XVII. Es evidente para mí,

que al traspasar las Salesas el viejo convento, se reservaron tales retablos, que en las Comendadoras, a juzgar por su fecha, habían correspondido a las capillas de la iglesia, pero habían sido substituídas por los neo-clásicos que aún subsisten en el tramo primero y tercero a derecha e izquierda del templo. Los cuatro son del siglo XVII, pero de bien distinto mérito. Recuérdese que las monjas Salesas no llegaron a fundar Comunidades en España hasta el promedio del siglo XVIII. No pueden ser, por tanto, de encargo de ellas ninguno de los cuatro.

El íntegro menos bueno, tiene en la hornacina un San Miguel, movido, de escultura, eco ya lejano, del famoso cuadro de Gúido Reni en Roma; es retablo de dos pares de columnas corintias.

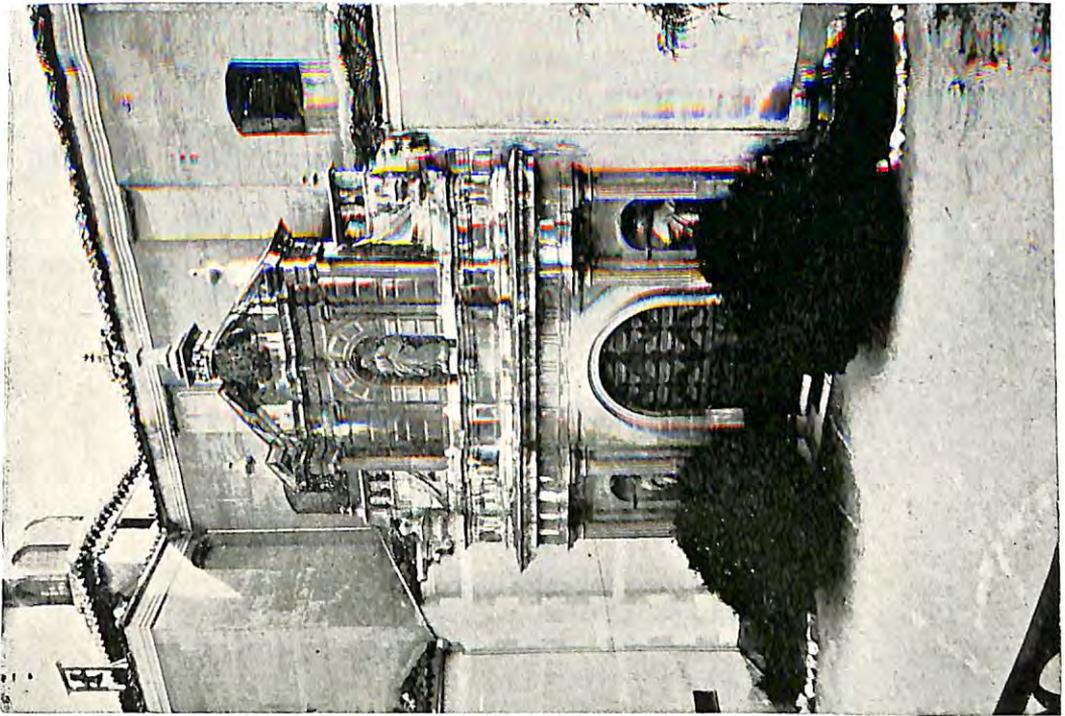
El otro retablo íntegro, es en el orden de los pequeños, uno de los más hermosos de Valladolid; también con columnas corintias, dos a cada lado. Por el estilo arquitectónico y por el escultórico, lo podríamos cifrar por el año 1620. Todo el centro es un gran relieve de la Natividad, muy bello y acabado. Pero también los pequeños relieves de las "estilobatas" (pedestales de las columnas y de todo lo restante) ofrecen labor, muy abocetada, pero muy de gran escultor, con la Anunciación, Presentación de la Niña María, Epifanía, Purificación de María y Asunción. Acaso aparezca el nombre del escultor, en los fondos documentales de la Orden de Santiago, y la obra merece el esfuerzo de la rebusca a hacer en el Archivo Histórico Nacional de Madrid.

**Elías Tormo.**

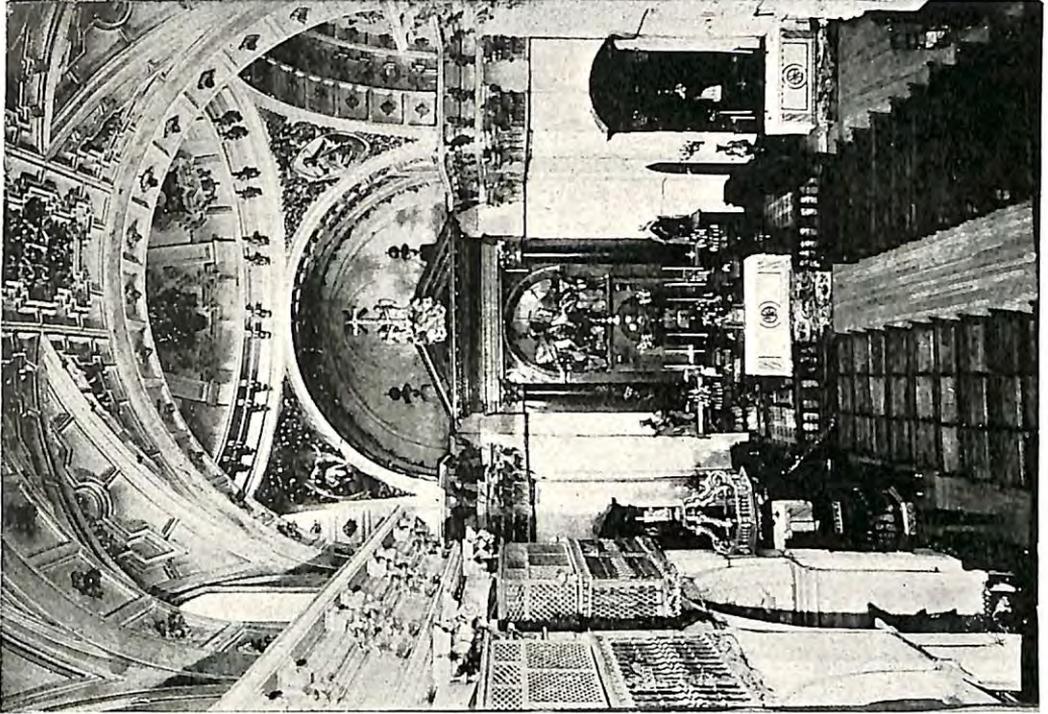
**Nota.**—Las dominicas francesas llegaron y fundaron Colegio en Valladolid en 1880, pero no en el casco de la población, provisionalmente. Su llegada fué cuando la expulsión total de frailes y monjas en Francia, por las leyes de persecución que llevan en la Historia el nombre del Ministro Ferry. Se instalaron en los edificios de las comendadoras, pocos años más tarde, en el de 1885 (9 de Junio); cuando ya su colegio había arraigado en la ciudad y había afianzado su prestigio.

---

**Post scriptum.**—Debo dejar hecha salvedad acerca de mi juicio sobre la sillería del coro que no he visto bien vista, y también sobre los arcos del claustro, carpaneles y escazanos, a la vez todos, y no lo que se dice en el texto por deficiencia de mi memoria, de cuando lo viera.



a)



b)

L.ÁM. I.—a) Fachada de la iglesia de "Las Comendadoras". Valladolid.—b) Interior de la misma iglesia.